

RECUERDOS DE MI ALDEA**LA TEMPESTAD**

La tarde es ardorosa. Parece que la naturaleza, adormecida en todas las demás funciones, esfuérase sólo en prestar actividad al sol, que, reconcentrando en sus ígneos rayos las energías todas, pródigo, derrama á raudales sus hilos de oro bañando en brillantísima luz la aldea humilde, la aldea bella como siempre que, amorosamente adormecida á la falda de la risueña colina ostenta sus colores de nieve haciendo resaltar una nota de viva alegría entre la inmensidad de montañas y prados que á porfía se esmeran por ofrecer á su reina, en obsequio eterno, los más bellos paisajes que jamás se pudieron crear.

La calma es profunda; ni el más leve airecillo juguetea con las mieses; los árboles gigantes que rodean la iglesia, elevan altivos sus afiladas copas queriendo subir allá donde la cruz del campanario se oculta en el cielo, pero hoy las hojas que otras veces se esfuerzan por besar en las alturas el signo de redención, yacen inmóviles y rígidas en la quietud de la atmósfera los arbustos, que menos ambiciosos, rastrean por el suelo, pugnan por hundirse en la tierra huyendo del astro del día que las abraza; los riachuelos que casi siempre corren alegres huyendo sin esfuerzo por entre las mil garras tendidas por los zarzales de las orillas, hoy apenas tienen fuerzas para moverse; las florecillas olvidadas que otros días lucen sus mejores galas esmaltando de aljófares

divinos el suave prado, presentan hoy colganderas y secas sus diminutas hojillas é inclinan humilladas su delgado talle hasta perderse confundidas entre hierbas vecinas que se juntan para proteger á su débil compañera los ágiles vencejos que de costumbre alegran la aldea persiguiéndose veloces en derredor de la iglesia y cruzan cual flechas del uno al otro lado de la torre lanzándose resueltas por los huecos que en sus arcos dejan las campanas, vuelan hoy silenciosos, con pereza suma, sin adornos de revuelos inútiles. Y las elegantes golondrinas á las que se ve tan pronto subir hasta perderse casi entre las nuves como bajar rapidas hasta rozar con su blanco pecho la lisa superficie del arroyo para volver á ocultarse antes de que en el agua se borre la estela diminuta que dejaron, hoy no abandonan la orilla del riachuelo y ocultas bajo las zarzas, sepultan á menudo su cuerpecillo esbelto en los escasos pozos que no se agotaron. Y allá lejos, la pequeña ermita que un sin fin de veces se hundiô entre densas nieblas para alzar otras tantas la espadaña invencible que triunfante surgía rompiendo mimosa las sùtiles gasas de brumas que la cubrían, sufre ahora resignada las caricias fieras del sol que la abrasa. La tierra toda, reseca y sin jugo, despidе de rechazo el fuego del sol y la caldeada atmósfera que tiene la quietud de la muerte deja pasar por su seno inmenso la luz caliginosa que llega á nosotros sin atenuar apenas en el camino su no acostumbrada crueldad.

Allá lejos, por la parte del mar, surge de pronto espeso nubarrón de color plomizo. Vedle... se acerca, crece... y le sigue otra... y vienen otras; todas oscuras, muy oscuras van manchando el azul del cielo. Se persiguen, se unen, vuelven á rasgarse y tornan á formar lóbregos montones. Y se acercan más... el peligro se aproxima El vecindario sencillo de la vieja aldea, se agita medroso los niños salen á los umbrales de las puertas y clavan asombrados sus miradas en el cielo que se encapota la mujer corre ligera del prado á la zarza, de la zarza al arbolillo, del arbolillo á la parra para ir recogiendo la ropa que tendida en la hierba y colgada de la rama se secaba al sol; los hombres ayúdanse mutuamente en la recolección del heno que se doraba ante sus puertas y se alejan á buscar las sufridas vacas y los bueyes calmudos que volvían ya amedrentados á su hogar; los vencejos ocúltanse en las grietas que se abren por las paredes de la iglesia; las golondrinas se refugian en los aleros de los tejados donde cuelgan sus nidos; las gallinas, seguidas de sus pequeñuelos que pian horrorizados, y escoltados por el gallo

altivo que las guía precipitanse en el corral; todo lo que tiene vida busca por instinto innato refugio seguro; hasta el manso burro que, olvidado por todos recorría el monte á su antojo, baja pausadamente por el camino de su casa y aguarda, pacienczudo cual ningún otro animal que una mano solicita abra la puerta de su cuadra querida.

La campana de la parroquia, esa campana que tan íntimamente habla á los hombres de aldea, lanza la voz de alerta que se extiende por montes y cañadas y al escuchar su previsora voz, enciende la mujer la amarillenta vela que ante una imagen ennegrecida por el humo, arde llorando lágrimas de cera mientras el niño con su regordeta mano corta del laurel bendecido el día de Ramos una ramita que es arrojada á las llamas, en cuyo seno, retorciéndose cual si le atormentaran crueles dolores, arde porfin satisfecha de haber sido elegida por la inocente mano de un angel para ofrecérsela en holocausto al Señor.

El cura abandonado el descanso de que disfrutaba, marcha á su iglesia y ataviado cod las vestiduras señaladas á su sagrado ministerio sale al pórtico donde acompañado del sacristán espera el momento oportuno de pedir al Señor piedad para sus feligreses.

La tempestad se acerca... el aire que la precede comienza á extenderse... las hojas se mueven, las ramas se doblan... las nubes, amontonadas, recorren el espacio inmenso, comienzan á interponerse entre el sol y nosotros,

Resbalan lentamente por cima de los montes
 Avanzan en silencio sobre el rugente mar
 Los huecos obscurecen de entrambos horizontes
 El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar. (1)

La luz amengua, los últimos pajarillos van y vienen con revuelos azorados... las montañas toman un tinte extraño: aquella variedad de intensidades del tono verde que refulgia al sol, va esfumándose y se ve todo del mismo color gris azulado que brinda tristeza... se percibe el velado rugir del aire y el besuqueo de las hojas; los árboles gigantes comienzan á cimbrarse... Se escucha el retumbar del trueno, débil todavía, los relámpagos, poso intensos aún, brillan de vez en vez entre

(1) Zorrilla - «Las nubes,»

las negras nubes que se acercan, que ya han cubierto el sol, que cambiaron ya del todo su color azul límpido por el negro intenso.

El cielo amenaza fiero; la visión de las horribles nubes que parecen derrumbarse sobre nosotros, amedrenta al ánimo. Grandes gotas de lluvia comienzan á caer pesadas, hacen brotar de todas partes el ruido sordo que producen al chocar contra las hojas y la tierra, ávidas de agua; el trueno retumba de cerca; el rayo con más frecuencia cada vez ofusca nuestra vista; el aire corre ya á su antojo y diríase que el genio del mal se prepara á abrir su mano para vengar en nosotros las ofensas que el mundo le hiciera;

¿Que monstruo es el que se acerca?
Es su nombre el huracán
Y es Dios por su omnipotencia
Y es Luzbel por su impiedad. (1)

El ruido inmenso de un trueno que estalla sobre nuestras cabezas, sirve de señal para que, furiosa, la tempestad desencadene. Lluève á torrentes cual si el agua de los mares todos fuera arrojada desde lo alto por mano enemiga; los relámpagos en inmensos zig-zags de fuego rasgan rápidos las densas nubes; el huracán, bramando salvaje azota cuanto encuentra á su paso; hace humillar los árboles gigantes, arrastra los humildes arbustos, troncha las inofensivas florecillas, entra con ímpetu en las casas derribando con arrogancias de invencible las modestas ventanas que jamás se cerraron por temor al hombre, y allá abajo, en la carretera, envuelve en nubes de blanco polvo al infeliz transeunte que busca albergue y acá en la montaña, levanta torbellinos de hojarasca que chocan contra los árboles ó se pierden á lo lejos arrastrados sin rumbo fijo.

«Se escuchan ayes, voces extrahumanas que se disputan, zumbidos de caverna, sacudimientos de árbol, rodar de peñas: un silbido agudo que se retuerce y comprime y luego se extiende en vertiginosas espirales, un clamoreo, un redoblar, una explosión desesperada de los clarines del abismo.» (2)

Los riachuelos transparentes tórnanse torrentes turbios que bajan

(1) Trueba.—«El libro de las montañas..»

(2) Arturo Campión.—«El genio de Navarra»

con estrépito abandonando su cauce; de los aleros descienden interminables hilos líquidos que unidos en tierra corren juntos lamiendo las paredes cercanas... Va inundándose la aldea... cada hondonada es un lago...; el agua deslizándose por las puertas baña ya algunos portales, las ramas más débiles se desgajan... Parece que va á hundirse el mundo, que los espíritus malignos luchan con crueldad insuperable sobre las horribles nubes... el retumbar del trueno es continuo y enardecedor, los relámpagos se suceden sin tregua, el cielo, convertido en agua se desborda sobre nosotros, el huracán en su empeño tenaz de conquistar el espacio entero, sigue su triunfal carrera desgarrando sin piedad cuanto le estorba; las montañas van perdiendo en sus cumbres tierras que descienden con estrépito, y en medio de esta gigantesca lucha del aire, del fuego y del agua; en medio del horrisono pelear de los elementos que se acometen salvajes, entre el retumbar del trueno, entre el bramar del agua que amenaza inundar al mundo, entre el arder del rayo que partiría la tierra si descendiese, entre ese rabioso morder y pelear de los dueños del universo, surge humilde, se eleva sencilla la oración piadosa del pobre cura de aldea que firme bajo la cruz del campanario que le cobija, extiende su mano bienhechora para bendecir, confiando en Dios, los campos del lugar...

*
* *

Y al conjuro mágico de sus palabras, la tempestad avanza lenta, huye pausada, y ya no es tan crudo el fragor del trueno, ya no brama tan fiero el indomable huracán... La lluvia cesa, regularizan su curso los alborotados arroyuelos, los Árboles se mecen suavemente, yérguense los arbustos, hínchase la tierra satisfecha de agua, se estiran lozanas y frescas las hierbecillas menudas y por entre ellas asoman acá y allí triunfantes sus multicolores cabecitas la margarita gentil, la olorosa manzanilla y la violeta diminuta. Recorre el hombre los campos midiendo con afán el daño causado; puéblanse las ventanas de cabecitas infantiles que miran A todas partes revolviéndose inquietas, y una blanca paloma describiendo extenso círculo con pausado volar, se posa confiada sobre el húmedo suelo para coger una pajita con que continuar el albergue donde han de nacer sus próximos hijuelos, y como si aquella hierbecilla fuera el ramo de oliva con que otra compañera suya pregonara en tiem-

pos lejanos la ausencia del temor, la tranquilidad comienza á reinar, asoman los vencejos sus cabecitas por las grietas de la iglesia; el gorrión atrevido picotea por las caídas nieves, las gallinas comienzan á cacarear ante la puerta de casa; sube el tordo al cerezo, canta el cuclillo en la vecina arboleda su monótono *cu cu...* Por fin, lánzanse los vencejos en alegre tropel á la caza del mosquito, cantan las golondrinas cercade sus nidos; corretea, ladrando gozoso el perrillo travieso, al ver al resignado burro que abandona la cuadra, sale de su morada subterránea el grillo incansable que á las antepuertas de su habitación obscura choca con fuerza sus acerados élitros para obsequiarnos con el estridente *crix, crix*; discurre silenciosa en el herbal la fría culebra y para glorificar dignamente el retorno de la vida que alejó la tempestad volteja lijera con alegres sonidos, allá en la cumbre la pequeña campana de la ermita amiga mientras el trueno retumba á lo lejos declarándose impotente ante la otación que salió sencilla y se elevó tierna de labios del pobre cura de aldea.

GREGORIO DE MÚJICA

Madrid, Marzo 1906.

